LEON FELIPE

Presumo de ser el poeta español que conoce desde hace más años a León Felipe. Quizá desde antes que José del Río Sainz que, sin embargo, más o menos, es de su quinta y pudo, por ello, ser su amigo a nivel antes que lo fuera yo cuando el tiempo atenúa ya un desnivel de doce años. Pero yo tenía hermanos mayores y ellos sí que conocían y trataban a Felipe Camino, sin saber—claro está—que dentro del pecho guardaba un león onomástico y noblemente real.

Y así pudo ser que entre todos los poetas, Pepe Río y yo fuimos los primeros que conocimos y admiramos a un León Felipe o Felipe Camino viejo, muy viejo, mucho más viejo que como está ahora en Méjico. Un Felipe de barbas blancas, manos temblonas, voz lúgubre y cascada y curvado espinazo. El tal Felipe justamente dejaba de serlo al convertirse en un personaje abuelo o siniestro de Tamayo, Eguílaz o Echegaray que él representaba, encarnaba con conmovedora propiedad en el teatrito del Círculo Católico de Obreros.

Al día siguiente mis ojos veían en la flor de su juventud al propio Felipe Camino y no podían creer que fuese el mismo anciano de la víspera. Pero las sorpresas de nuestro todavía futuro poeta iban a ser inagotables. Antes que el León se sacó de la manga una rosa. Y cierto día se estrenó en la calle de San Francisco—estamos siempre en Santander—una botica pimpante con ojo y linterna bajo un rótulo: "Farmacia del Lido. Felipe Camino de la Rosa".

Por fin surgió el poeta tras de unos años de eclipse santanderino y aun español en los que se perdió en la leyenda. Y cuando en 1920 aparecieron los "Versos y oraciones de caminante" de León Felipe, nadie, nadie sabía, al menos en mi tierra, quién era dicho León que de Camino se había convertido en "caminante". Curiosa teatral anagnórisis la que presenciaron los próceres del Ateneo de Madrid desde sus retratos. León Felipe leyó su libro con su prólogo antiultraísta ante el opositor a Cátedras que esto firma y todo el cuadro de "Grecia" cerrado en previsión de defensa. Al salir a los pasillos alguien que le acompañaba me dijo: "León Felipe te quiere conocer". Y empezamos a hablar y él en tres preguntas cada vez más policíacas me acorraló y pasando al tuteo, tan difícil en aquellos tiempos, me dijo sonriente:—"Pero tú eres Gerardo, el hijo de don Manuel, el hermano de Marcelino, con la tienda en la calle de Atarazanas." Y yo, pasmado:—"Sí".—"Pues yo soy Felipe Camino el boticario"

Peor fué lo de José del Río que escribió un artículo de falsa anagnórisis confundiéndole con un camarada marino, de aficiones poéticas e igualmente desaparecido de la costa. Al día siguiente ante la plancha hubo segundo artículo, certero y delicioso.

Y siguieron las sorpresas, metamorfosis y entrañables muestras de amistad del ya para siempre León Felipe a lo largo de los años. Ayudándome a imprimir mi "Romancero de la Novia". Llevándome a casa de Juan Ramón. Embarcándose, otra vez en Santander, para Panamá. Etc.

Le he vuelto a abrazar en Méjico. Siempre entre santanderinos y hablando del Santander perdido para todos, de nuestro Santander de Atarazanas, Puerta la Sierra y San Francisco. En ese Méjico de hace cuatro años del que faltan ya Alfonso Reyes, Manolo Altolaguirre, Domenchina y Emilio Prados.

Por eso me resulta tan difícil juzgar la poesía de León Felipe. Para mí antes que todo, es no una obra sino un hombre. Y además un hombre complejo y múltiple que sólo se unifica en la raíz del corazón. Así también su poesía, escéptica o anárquica, revolucionaria y creyente, sincerísima y palpitante, tan incomparable a otra, tan inconmensurable con otra. Camino de una Rosa de Luz.



GERARDO DIEGO